

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTICULOS

DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de una peseta en toda España, franca de porte. Al que tome doce ejemplares se le regalarán dos, y al que tome ciento se le regalarán veinte.

Los pedidos, acompañados precisamente de su importe, al Editor, D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, 40, segundo, derecha, Madrid.

ADVERTENCIA

Se ha puesto á la venta el segundo tomo en las mismas condiciones que el primero.

SECCION RECREATIVA.

LA VIRGEN DE LA VEGA

TRADICIONES ESPAÑOLAS

I.

La locomotora silbaba y el tren de Miranda á Haro estaba ya á punto de partir, cuando un mozo riojano, á juzgar por el traje, el acento y las interjecciones se puso á gritar:

—¡Re... Diez! ¡Estas cosas no le pasan á naide más que á mí! ¡Eh!... ¡Usted, el de la levita de oro!...

—¿Qué hace usted aquí?—dijo alado el jefe.

—Pues ná, que *dempues* de haber *me* *cao* el billete, ahora salimos con la *ja* *latoria* de que no hay asiento. ¡Voto á Dios!

—Venga usted conmigo.

—¡Cuerno! Ya silba otra vez.

—¡Eh! Millan,—gritó un *huason*, ¡que te quedas de á pié!

—Cosas de lo *impresa*,—continuó Millan muy quemado. No, pues si me quedo, voy á armar un jollin que arda la estacion.

—¡Entre usted ahí—dijo por fin el empleado abriendo la portezuela de un coche de primera clase, á falta de sitio en los demás vagones.

—¡Date tono, Millan!—gritó burlonamente la misma voz de ántes, aludiendo al billete de tercera que aquel llevaba en la mano.

—¡Dios guarde á ustedes!—exclamó Millan más sosegado, echando de golpe las alforjas sobre la alfombra.

Dos caballeros ocupaban el compartimiento: ninguno de ellos contestó á aquel cortés y cristiano saludo.

Millan pensó buenamente que sería moda entre la gente de primera dar la llamada por respuesta. En seguida sentóse modestamente, como aquel que teme estorbar, y colocó las alforjas entre los piés, conservando el garrote que llevaba en la mano. Luego se puso á mirar á su alrededor y á admirar con infantil curiosidad almohadones debajo, almohadones detras, almohadones á derecha y á izquierda, y para que no faltaran, hasta almohadones en el techo.

En tanto, los otros dos viajeros seguían una conversacion ya comenzada. Uno de ellos tenía acento extranjero.

—Si ya le digo á usted que á rico no le ganarán muchos países, pero á cerril tampoco.

—Mas ellos van misegables. ¿Qué hacen con el dinego?

—Pues lo que dice esa *Guía* que usted trae: visitar santuarios y acudir á entregarse á comilonas y juegos

—Entonces, ello no es asombroso.

—O se lo dan á los curas para decir misas y novenas.

—¡Qué fanatismo! Ellos estarán carlistas.

—No, señor. Pues eso es lo chocante, que Haro es un pueblo que blasona de liberal, y no obstante, mañana mismo verá usted una procesion de rogativa, digna de los tiempos ominosos de la lujuscion... ¡Y eso en las calles de una poblacion comercial!...

—Yo quisiera ver eso.

—Pues ya lo verá usted. Pero tenga usted mucho ojo, porque si se descuida en no descubrirse al paso de una Virgen que llevan los brutos del campo, corre usted riesgo de que le rajen la cabeza de un garrotazo.

—¡Ah! ¡*les bedouins!*

—¡Bien que beduinos!—Si no fuera por los negocios, no me verían á mí el pelo por esta tierra.

—E, ¿cómo llaman ellos esa imáguen?

—La Virgen de la Vega, de quien creen estos buenos paletos, *qu'elle fait*

la pluie et le beau temps, como ustedes dicen, ó como dicen ellos, que manda en la lluvia y en el tiempo claro, y que de monisea y salud.

—¡*Croyez cela et buvez de l'eau!*—prorrumpió el francés riendo socarronamente. Y traduciendo él mismo su frase: ¡Créalo usted y echará *pantorrilla!*

—Verdad es,—repuso el español. En fin, un país de mastuerzos, añadió procazmente, y una Virgen de tantas, que los curas explotan para hacer su agosto.

—¡Miente usted con toda su local!—estalló en aquel momento Millan, lanzando relámpagos por los ojos.

Ambos interlocutores que, enfrascados en su diálogo, habian llegado á olvidar al campesino, se volvieron rápidamente hácia él. El viajero español, á quien la enérgica interpelacion se dirigía, miró de alto á bajo desdeñosamente á Millan, é incorporándose prorrumpió con ademán soez:

—Y, ¿quién eres tú, zoquete, para meterte donde no te llaman?

—Yo soy quien—replicó Millan levantándose con no menor presteza,—para meterle á usted en su cuerpo maldecio las palabras que acaba de pronunciar.

En aquel solemne instante, en que ambos contendientes se miraban fieramente como leones, eran de ver el sudor que surcaba la frente, y la congoja que atosigaba el alma del extranjero, horripilado ante la sola idea de ver aparecer las *navacas*.

Difícil es prever lo que hubiera sucedido, si la casualidad, ó acaso los gritos, no hubieran hecho que en aquella sazón apareciese en el cristal de la portezuela el interventor esgrimiendo un sacabocados y recitando el consabido:—¡Los billetes, caballeros!

Envalentonado el libre-pensador con la presencia del empleado, desbarró de lo lindo contra el fanatismo de los baturos, y contra la empresa, que por no poner un coche más exponía á las personas decentes á un lance con un pollino.

Millan, que no se mordía la lengua, alegó que, en punto á decencia, todos somos hijos de Dios; y que los mejores son los que no se avergüenzan de su Padre, ni se las echan de hombres, desbarrando contra la Religion.

¡Casualidad inesperada ó acontecimiento providencial! La verdad y la Constitución salieron triunfantes de aquel debate. En efecto, el empleado que en un principio se sentía más inclinado á llevarse á Millan á la perrera, como pedía el libre-pensador, acabó al fin por disgustarse de la cínica arrogancia de este, y por declarar, usando de su jurisdicción, que Millan estaba en su perfecto derecho, como católico, de ser respetado en sus creencias, y como ciudadano, de no aguantar que en su cara le llamasen barbarote y jumento aquellos que después de todo venían á negociar y hacerse ricos en su país.

Puesto en claro el derecho, el viajante de comercio (que eso era y no otra cosa el libre-pensador), tuvo el buen gusto de mudar de plática con su compañero el *commis voyageur* francés. Y lamentándose ambos de que en los hoteles y posadas españolas no se encontrase una cocinera que supiese hacer bien una *omelette soufflée*, llegaron, sin otro incidente y sin hablar más palabras con Millan, al término de su viaje, que era la importante villa de Haro.

II.

Haro, llamado antaño *puerto seco*, por la gran afluencia y contratación de pescado que en su plaza tenía lugar, ántes del establecimiento de las vías férreas, ha aumentado su antiguo movimiento comercial, merced á la considerable exportación que para el extranjero se hace actualmente, de los excelentes vinos que constituyen su principal riqueza.

Desde la estación echa ya de ver el viajero la importancia de este tráfico. Nombres franceses campear en las fachadas, trenes enteros de barricas garantizan la abundancia de los caldos y los alcoholes, dilatadas plantaciones de viñedo pregonan cual es la principal faena y fortuna. Empero, si la situación de la Vega es deliciosa, bañada como está por los ríos Ebro y Tiron, también tiene el grave inconveniente de hallarse expuesta á continuas heladas que malogran y destruyen las cosechas.

Y como donde hay españoles necesitados y atribulados es ordinario hallar un santuario donde se implore á María Santísima, no es mucho que Haro posea el suyo, y á la verdad tan respetable por lo antiquísimo de su origen como por la abundancia de favores que en él se obtienen de la Madre de Dios. La tradición, conservada en el país, asegura que la imagen de Nuestra Señora de la Vega es la misma que los cristianos,

huyendo de los moros, trajeron de Granada, cuando la monarquía goda quedó sepultada en la famosa rota del Guadalete.

¿Hay peste ó calamidad que amenace la salud pública, ó heladas, contagios é inundaciones que pongan en riesgo la cosecha? Pues, indefectiblemente, el pueblo de Haro saca la Sagrada Imagen en procesion con gran solemnidad de su Santuario, y cuelga de tan poderosa protectora su esperanza y su remedio, como quien tantas veces le ha consolado y favorecido.

Por lo demás, para convencerse de la especial veneración de los harenses á la virgen Santísima, basta visitar su Santuario; pues á la vista de aquel pueblo reverente y afectuosamente postrado ante su Patrona, á la cual acude confiadamente en sus tribulaciones, hay que confesar que entre las Imágenes queridas en España no cabe omitir la populárrima Virgen de la Vega de Haro.

III.

Aunque fatigados del camino, ninguno de los tres viajeros que la casualidad había reunido en el coche de primera clase, había podido dormir la noche siguiente á su llegada.

El francés que se quejara de la cena, porque sabía á óleo (á lo cual replicaba la cocinera que pues aceite tenía, no había de saber á pomada), no logró digerir un suculento *pebre* de pimientos riojanos.

El viajante español no había cerrado el ojo, por haberse acostado bajo la impresión terrorífica que le causara la noticia de que se habían dado casos de cólera fulminante á corta distancia. Sabido es, que cuanto uno es más despreocupado en Religión, es tanto más impresionable y tembloroso conservador de la pelleja.

Millan, por su parte, no había hecho más que dar vuelcos en la cama, atormentando su cacúmen y buscando la misteriosa incógnita de este problema: «¿Para qué llevarán los señoritos y los franceses dos casacas en verano, cuando yo no puedo aguantar ni el chaleco encima de la camisa?»

El problema tenía su intrínquilis y no era ajeno á la situación de Millan.

Porque es de advertir que, al apearse del tren, los dos viajeros, despidiéndose á la francesa, corrieron á cojer el coche que hace el servicio de la estación á la villa. Millan, que contaba con los quince minutos de parada, se quedó un momento á asegurarse de que no le faltaba

en las alforjas uinguno de los encargos que había ido á mercar á Miranda.

Al salir del coche, echó una mirada y advirtió un periódico abandonado, y debajo de él una cartera con papeles, que tomó y guardó. Entonces creyó recordar que se le habían caído al francés al ponerse la segunda casaca.

Llegado á casa, le faltó tiempo para contar á su madre, la tía Bastiana, cómo había viajado en primera clase, y cómo los dos señores que iban en el coche habían puesto á la Virgen de la Vega peor que un *pal*.

—María Santísima, ¡qué judíos! Y tú, ¿qué has hecho?

—Tóma, ¡sacar la cara por la Virgen!

—Bueno, hombre. Pues ¡no faltaba más!

—Y ya le iba á descargar una *guantá* al más deslenguado, cuando se apareció allá de pronto aquel que hace abujeros en los billetes,

—Mejor es que haya pasado así, hijo; porque sinó, ellos hubieran sacado algún *regolvér*.

—Y ¡mucho miedo que me dan á mí los *regolvéres*, cuando tengo mi garrote en la mano!

Millan enseñó á su madre la cartera encontrada en el coche, y aunque ni uno ni otro comprendieron toda la importancia de los papeles que contenía, muchos de los cuales estaban en francés, entendieron que aquello valía un caudal y convinieron en lo que había que hacer.

IV.

Renegaba el francés viajante, desde el amanecer, de las fondas españolas, de las cenas riojanas, de las camas sin *somnier* y de la mala costumbre de las domésticas, que aporrean al dormilón perezozo cantando á voz en grito para toda la vecindad todo su repertorio de coplas, mientras barren ó hacen los cuartos.

Parecía, en efecto, que la Florentina, honrada sirvienta de la fonda, se había propuesto aburrir á los recién llegados:

A la Virgen de la Vega
le he pedido yo en la Salve,
que no se hiele el plantío
y mi novio no me plante.

El buen bordelés (porque de Burdeos era) comprendió que Morfeo, á quien todavía aguardaba, se había de espantar con semejantes cavatinas, y se resolvió á levantarse y á poner en orden sus asuntos, papeles y bagajes.

La Florentina, continuaba:

El pan nuestro, cada día
á Dios del cielo le pido,
y á la Virgen de la Vega
que no se nos agüe el vino.

—¡Es extraordinario! exclamaba él; estas buenas gentes creen que la Virgen no se ocupa más que de sus pequeños asuntos. Después de todo, pensaba, esto no hace mal á nadie.

De pronto, deteniéndose caviloso en medio de su habitación, lánzase luego al paletot, busca en todas partes su cartera, y desesperado, pálido y convulso, cae en una silla, gritando con voz ahogada:

—*Mon Dieu! Je suis volé! ¡Au secours!* (1).

Acudió su compañero de viaje, y acudieron los dueños de la fonda, que no sabían cómo explicar el caso, ni quién podría ser el ladrón, y hablaban de dar parte á la autoridad y de avisar por el telégrafo y de registrar la casa, y de mil proyectos más.

En estos momentos llamaban en la escalera de la fonda:

—¡Deo gracias!

Pero ninguno escuchaba, porque la noticia del robo les hacía atender á lo principal.

—¡Ave María!—replicó más fuerte la voz.

—¡Sin pecado concebida!—respondió por fin la Florentina. ¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó al que subía.

—Desde el otro lado del pueblo te he oído cantar. ¡No estás tú poco cantora!

—Hijo, de lo mio gasto. ¡Pero si tú supieras lo que nos pasa!

—¡Bah! dijo Millan desentendiéndose.

Y entró con mucha tranquilidad en la estancia donde se hallaba el viajante bordelés, pálido y desencajado; y después de haber saludado cristianamente y tomado las seguridades convenientes, entregó la cartera á su dueño sencillamente, diciendo al propio tiempo con solicitud:

—Mire usted si le falta algo.

—¡Oh, señor!—exclamó aquel, tan estupefacto como conmovido; pero esto que usted hace es una acción muy honrada.

—No hace más de lo que debe,—interrumpió el viajante español.

—¡Permítame usted!—añadió el primero. Es una suma que entre billetes de Banco, letras y cartas órdenes se monta á 30.000 francos.

—Lo mismo hubiera sido que fuera un millón,—observó modestamente Millan yendo á tomar la puerta.

—No se marche usted, señor,—exclamó el bordelés, visiblemente impresionado. Tengo con usted una gran deuda. Hágame el favor de recibir esta pequeña gratificación.

(1) ¡Dios mio! ¡Me han robado! ¡Socorro!

Y alargóle dos billetes de veinte duros cada uno. Millan retrocedió entre corrido y airado, y con brusquedad sublime respondió con altivez:

—Señor *musiú*, usted nada me debe, y entre los hombres de mi ropa, no se estila recibir dinero por dejar de ser ladrón. Además, sepa usted, añadió con acento más vibrante, que si algun día tuviera que pedir una limosna, antes permitiría morirme de hambre que recibirla de gente que pone su lengua malvada en la bendita Madre de Dios.

Y salió de la fonda dejando estupefacto á los dos viajeros. En honor del caballero francés hemos de declarar, sin embargo, que deplorando sinceramente su ligereza de la víspera, admiraba la conducta de Millan, y buscaba un medio de manifestarle su agradecimiento.

La señora de uno de sus corresponsales que se enteró del caso, le sugirió, como buena cristiana y conocedora del país, la solución más delicada.

Siguiendo su consejo, en efecto, ambos viajeros concurren aquel día á la procesion de rogativa con sendos cirios. Millan, que aguardaba su turno para conducir á la venerada imagen, lloró casi de alegría al verlos, y confesó mas tarde que ninguna propina ni regalo del mundo le hubieran causado la satisfacción que sintió su pecho al ver aquel par de caballeros rindiendo acatamiento á la Virgen de la Vega.

La noticia del caso se propagó entre la clase labradora de Haro, y no fueron pocas las personas que visitaron el Santuario por convencerse del hecho, y contemplar delante de la popular Imagen un gran cirio que durante cinco semanas ardió en enorme candelero, y que la gente designaba con el nombre de *el cirio del francés*.

J. M. C., s. J.

(De *El Mensajero del Corazon de Jesús*.)

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

35. Jesús camina sobre las olas del mar.

¡Aumentanos la fé! *Lucas 17. 5.*

Los discípulos volvieron á embarcarse, para regresar á Cafarnaum. Estando la barca en medio del mar fué batida muy reciamente de las olas, de modo que, teniendo además viento contrario, avanzaron con mucho trabajo. Jesús vino hácia ellos, caminando sobre el mar.

Como le viesen los discípulos caminar sobre las aguas, se conturbaron; pero Jesús les habló lleno de afabilidad diciendo: «Cobrad ánimo: soy yo, no tengais miedo.» Entonces bajó Pedro inmediatamente de la barca; iba caminando sobre el agua para llegar á Jesús. Mas teniendo que luchar tanto contra la impetuosidad del viento y las embravecidas olas, se atemorizó, y empezando á hundirse, exclamó diciendo: «¡Señor salvame!» Al punto le alargó Jesús la mano y le dijo: «Hombre de poca fé, ¿por qué has titubeado?» Subiéronse luego los dos á la barca y en aquel mismo instante se calmó el viento. Todos los que estaban dentro, se acercaron á Jesús y le adoraron diciendo: «Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios.» Sin pérdida de momento dirigiéronse después á Cafarnaum.

36. Promesa del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Señor, danos siempre ese pan.
Juan 6. 37.

Al día siguiente de la prodigiosa multiplicación de los panes, buscándolo el pueblo á Jesús, le halló en la Sinagoga. Como Jesús supo que tan solo trataban de verle, porque á la víspera habían comido de aquel pan milagroso y quedado saciados les dijo: «No os afaneis por el sustento transitorio, sino por aquel que dura para siempre, y que el Hijo del hombre os dará. Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo. Quien de este pan comiere, vivirá eternamente. *El pan, que yo os daré, es mi carne, que yo entregaré por la vida del mundo.*» Comenzaron entonces los Judíos á altercar unos con otros, diciendo: «¿Cómo puede éste darnos su carne á comer?» Pero Jesús les contestó: «En verdad, en verdad, os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; yo le resucitaré al último día. *Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente bebida.*»

Después de haber oído estas palabras muchos de los oyentes se alejaron de Jesús. Aún muchos de sus discípulos entrando en dudas dijeron: «Duro es este razonamiento; ¿quién lo puede oír?» Y se retiraron de él. Mas Jesús continuó en afirmar, que cuantos se adhieren á su doctrina han de creer este misterio del Santísimo Sacramento del Altar, y preguntó por consiguiente á sus Apóstoles: «¿También vosotros quereis dejarme?» Pedro respondió en nombre de

odos: «Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, Hijo de Dios.»

El maná blanco y dulce como la miel, caía del cielo cada día, mientras que los Israelitas estuvieron en el desierto, para sustentar y fortalecer en ellos la vida terrenal. Era una figura de aquel delicioso manjar, que en el Santísimo Sacramento del altar desciende diariamente y descenderá hasta el fin del mundo sobre la tierra para ser distribuido entre los fieles, bajo las especies de pan blanco, á fin de alimentar y confortar sus almas.

L. C. Businger.

(Se continuará.)

VARIETADES

FRUTOS DEL ÁRBOL MALO.

De una relacion hecha al Presidente de la República francesa sobre la administración de justicia en 1884, tomamos las siguientes cantidades de las causas de divorcio, cuyo número da á conocer los perniciosos frutos de la ley de divorcio en los primeros meses de su aplicación. La relacion comprende sólo hasta Diciembre, esto es, cinco meses y cuatro días, porque esta ley comenzó á regir en 27 de Julio de aquel mismo año. En este tiempo las demandas de divorcio fueron 4.773, y fueron separados 4.667 matrimonios por sentencia judicial, de los cuales 553 tenían hijos; poniendo uno con otro á tres hijos por matrimonio, resultan 1.659 hijos abandonados.

¡Mil seiscientos cincuenta y nueve hijos sin padres, sin hogar, sin familia y sin educacion! ¡Oh libertad del mal que negra eres!

Suma y sigue. He aquí lo que dice un periódico:

«Algunos predicadores han sido insultados en varias ciudades de Francia y particularmente en Troyes, donde la policía permitió que fueran apedreados los fieles al salir del templo, é interrumpido y maltratado el orador que se hallaba en el púlpito. Cuando los católicos reclamaron el auxilio de la autoridad para expulsar del templo á los criminales, respondian los agentes que no tenían orden de sus jefes para intervenir en cuestiones religiosas.»

«Ha habido diez heridos.»

Esto se llama *libertad de conciencia*; otro albaricoque como el de la *libertad de divorcio*. Frutos del mismo árbol.

Aun queda otra.

En Manresa se han abierto escuelas laicas. Segun nos dice una perso-

na bien informada, las tales escuelas se hallan dirigidas por la masonería. Entre otras lindezas, los niños en vez de cantar la doctrina cristiana (que allí está prohibida) cantan la Marsellesa, y por añadidura, al salir del establecimiento, reunidos los niños de ambos sexos, cada niño se acerca á una niña y la besa y abraza.

Huelgan los comentarios. «Así empecé yo», que dijo el loco.

FRUTOS DEL ÁRBOL BUENO.

Hace algunos dias se encontró dentro de un confesonario de la iglesia basílica de la Seo de Manresa, una abultada carta dirigida al arcipreste de la misma, el cual cuando la abrió, vió un segundo sobre dirigido á un conocido industrial de dicha poblacion é inmediatamente se la entregó; pero cual no sería el asombro de ambos al ver que lo que contenía el paquete eran 700 pesetas y una carta sin firma, en la que declaraba el autor que se las restituía moviéndole á esto los sermones que había oído en la Cuaresma.

El señor cura párroco de San Magin de Palma de Mallorca ha recibido, bajo el secreto de la confesion, y entregado á su dueño, unos 300 y pico de duros que le habían sido hurtados, de una manera misteriosa, no hace mucho tiempo.

Un sacerdote de Málaga ha entregado al alcalde de aquella ciudad 300 reales que, bajo secreto de confesion, le habían sido confiados por un penitente para su devolucion á los fondos del municipio.

Copiamos á continuación la encantadora poesia de D. Manuel Jorreo y Paniagua que sirve de introduccion á una coleccion de cantares.

¡Qué suave impresion deja lo bueno! Hermoso es hallar almas nobles que lleven siempre por delante la pureza de intencion.

¡Cantares! ¿Qué? Te extraña ver que yo siendo esta vida breve mansion de llanto? Sueña, como yo sueño, con lo infinito, verás como esta vida te importa un pito, y no te amarga verla triste ni alegre, corta ni larga.

Lamentanse esos sabios que han descubierto que el hombre se concluye después de muerto.

Yo soy tan ignorante, que me figuro que existe en mí algo eterno, sublime y puro; pues Dios no es loco, y no hubiera hecho tanto para tan poco.

Proclámanlo los gritos de mi conciencia, la vida, el pensamiento, la inteligencia... Mi corazon, por tanto, tan satisfecho.

como pájaro canta dentro del pecho, y sólo ansía que se rompa la jaula del alma mía.

Sabiendo mis creencias, el tiempo pierdes, si en mis cantares buscas cantares verdes; porque yo no me arrastro detras de un (chiste, que alegre al necio deje, y al justo triste. No soy ingrato; por nada á Quien me inspira le desacato.

SENTENCIAS DE SALOMON.

Mejor es la pobreza con temor de Dios, que las riquezas sin el

El que se alegra de la desgracia ajena, no quedará sin castigo.

El que se dá al vino, al lujo y los deleites, no se hará rico.

La buena fama es más estimable que las muchas riquezas.

A DE P.

PENSAMIENTOS.

La muerte no me acobarda, acobárdale al impío, y á los que no ven en ella de ansiada vida el principio.

M. DE HEREDIA.

Hemos recibido el tomo duodécimo, segundo del Nuevo Testamento, de LA SANTA BIBLIA que está publicando *La Verdadera Ciencia Española*. Recomendamos nuevamente y con gran eficacia esta excelente edicion del Libro de los libros, de cuyas condiciones tienen ya noticia nuestros lectores.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales.

Media 2 " " "

Un cuarto id. 4 " " "

Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de correspondal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y en Cuba, «La Historia», Remedios.